

manto de tristeza que cubre de desventuras su existir. Es, por lo tanto, imposible imaginar a Erdosain, protagonista de *Los siete locos*, actuando como Demetrio. Y esto no es concebible porque Erdosain no es un apasionado, sino un débil, un hombre en quien los deseos y anhelos carecen de intensidad y empuje que motive la acción, la cual constituye el dinamismo vital que precisa la orientación de una vida.

Si bien aspira a la felicidad, su aspiración se diluye en sueños descabellados. Como consecuencia de que ninguna potencia espiritual se sobrepone a otra surge el equilibrio que lleva a la inestabilidad e irregularidad, que lo conduce por una línea tortuosa sin rumbo fijo. Si tuviese la felicidad a su alcance la hubiera rechazado, con seguridad.

No todos estos personajes se abandonan inconscientemente a la disolución de su destino sin objeto, por lo contrario, suelen advertir su orfandad espiritual y el terrible vacío de sus almas.

EL CLIMA ESPIRITUAL CREADO POR ARLT

La inestabilidad y el no saber a qué atenernos crean un ambiente espiritual muy especial y un interés constante que siempre es renovado por una psicología en la que ni actitudes ni reacciones pueden preverse con certidumbre. En realidad, lograrlo mermaría en gran parte el interés suscitado. También contribuye a este ambiente el hecho, reconocido por amigos y críticos, de que la sinceridad, como norma de conducta, fue siempre una aspiración de nuestro autor. Lo reitera en sus obras, en entrevistas de prensa, y en conversaciones entre amigos. Como lo expresa un crítico, «una brutal sinceridad rigió la vida de Arlt» (4). A un lector que le pide una opinión sobre el secreto de la felicidad Arlt responde: «Creo que hay una forma de vivir en relación con los semejantes y consigo mismo, que si no concede la felicidad, le proporciona al individuo que la practica una especie de poder mágico de dominio sobre sus semejantes: la sinceridad. Un hombre sincero es tan fuerte, que sólo él puede reírse y apiadarse de todo» (5).

La complejidad psicológica, advertida y afrontada por Arlt en sus personajes, se ve desdibujada a menudo por la presencia frecuente de reacciones y sentimientos contradictorios, atribuibles en mayor o menor grado a ambigüedades en el pensamiento y temperamento arlteanos. Esto da como consecuencia el que se acentúe en el lector la sensación de estar en presencia de una experiencia real. El mismo Arlt ha dicho: «No sé si la gente sentirá la fuerza de la vida como

(5) *Loc. cit.*

la siento yo, pero en mí hay una alegría, una especie de inconsciencia llena de alegría» (6).

Todos sus personajes están dotados de un aire especial que los identifica como surgidos de una misma pluma; factor que en modo alguno constituye desmedro de su obra ni le resta mérito literario, siendo éste un fenómeno que comparten muchos escritores (7). Es probable que la explicación de esto se halle en el hecho de que la técnica de la caracterización de Arlt gira en torno a un preciso núcleo de ideas: la angustia, el silencio de Dios, la soledad, la pureza en la mujer, la búsqueda de la felicidad, y en lo social, la crítica de los defectos de la moral burguesa. Todos los personajes parecen llevar en sí un germen de muerte, que se agranda por momentos hasta colmarlos, física y espiritualmente. Son la negación de la vida, ansiosos de lo infinito, apóstoles del terror, que en su pureza macabra anulan lo mejor de sí mismos (8).

Y lo habitual es que el lector desprevenido considere esos frontezos disconformistas y sus urdimientos tenebrosos como productos exclusivos de la fantasía del novelista. Pero en realidad casi todos los elementos imaginativos de sus novelas responden a una raíz terrestre y palpable de origen experiencial. Hay una especie de «leit motiv» de temas que aparecen en cada recodo, lo cual indica un bagaje de antecedentes vivos.

Tenemos el ejemplo de Erdosain, personaje de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, quien sueña con un episodio que luego se convertirá en tema principal de *El amor brujo*, y en el cual se supone una experiencia netamente personal del autor.

Los conflictos familiares y la interrelación de caracteres establecida en el hogar de Arlt, son volcados por el autor en sus novelas. Así vemos que, en el caso de aparecer un padre en su obra —en general los grupos familiares son presididos por viudas dentro de sistemas más o menos matriarcales— éste desempeña un papel negativo para con los hijos. Esto se entiende ante la incompreensión, áspero trato e inclinación autoritaria de que fue objeto por parte de su propio padre, y que produjo en él un fuerte resentimiento que según Max Scheler estaba «ligado a una actitud especial en la comparación valorativa de

(6) «Reportaje», véase nota 3, p. 7.

(7) Piénsese, por ejemplo, en las mujeres de Edgar Allan Poe, los apasionados de Dostoyevski y los elegantes inconsistentes de Oscar Wilde.

(8) Acorde con sus ideas y su modo de delinear el carácter de sus personajes, también el estilo de nuestro autor manifiesta evidentes contradicciones. Expresiones populares, vulgares, del lunfardo, alternan con tecnicismos y con un uso relativamente correcto, hasta elegante, del idioma. Este último detalle puede observarse sobre todo en lo que respecta a descripciones de paisajes donde hay abundantes intentos de crear metáforas poéticas. El estilo de Arlt requiere, desde luego, un detallado análisis aparte.

uno mismo con los demás» (9). Es fácil comprender en estos términos por qué ninguno de los protagonistas de las novelas de Arlt asume la paternidad, a excepción de Balder en el *El amor brujo*, que si bien tiene un hijo siente total indiferencia hacia él.

METAFÍSICA Y AFLICCIÓN

Pese a no tratarse de un filósofo ni de un sutil penetrador en el campo trascendental de las preguntas límites, sino más bien de un «metafísico vital» en el sentido que Unamuno le da al término, encontramos en sus libros inconfundibles elementos de estados de ánimo lacerantes, de la inquietud que se ahonda en la vida, aun cuando no se hace sino sugerir soluciones mediante diversas respuestas paradójicas. Arlt parece encarnar lo dicho por Alejandro Raitzin: «No son los más letrados o ilustrados los más sabios, ya que la sola ilustración enriquece el pensamiento pero no siempre el buen juicio o la sabiduría esencial del hombre» (10).

Es lícito suponer, como lo hacen todos los críticos que se han ocupado de este tema, que Erdosain, protagonista de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, Balder, de *El amor brujo*, y Silvio, de *El juguete rabioso*, reflejan, en cierto grado la ideología de su creador (11), de ma-

(9) MAX SCHELER: *El resentimiento en la moral* (cita de ALEJANDRO RAITZIN en *El hombre no es cuerdo*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1954, p. 512).

(10) *Ibid.*, p. 422. En cambio, gracias al desmenuzado análisis del ego que se elabora a través de cada uno de sus personajes, la obra de Arlt ha logrado ubicarse entre lo que Juan José Sebrelli ha llamado (*Inocencia y culpabilidad de Roberto Arlt*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1953, p. 58) «las intuiciones metafísicas más profundas».

(11) La crítica se ha expresado largamente sobre este importante detalle de la psicología de los personajes de Arlt y los móviles de su conducta. Un modo de encarar la cuestión ha sido ver en ellos el efecto de la metrópoli rioplatense de principios de siglo. Por otra parte no faltan críticos para quienes el autor mismo refleja en su manera de ser la influencia de Buenos Aires, y sobre todo de las ideas que en aquel entonces tenían allí mayor trascendencia. Por ejemplo respecto a los personajes de Arlt, Juan José Sebrelli observa (*Inocencia y culpabilidad de Roberto Arlt*, p. 71): «Esa angustia, esa esperanza frustrada, que es telón de fondo de todas sus obras, tiene estrecha relación con la crisis económica que hundía a la clase media. Desde 1890 el porteño, absorbido por el mito del progreso nacional, no se preguntaba por los fines últimos». Se podría agregar que si bien influyeron en cierto sentido, ni el *homo faber positivista*, ni el *homo economicus* de Marx, calman la ansiedad casi enfermiza del novelista. Téngase en cuenta también el hecho, que todos los críticos consideran evidente, de que los personajes principales de las obras mayores de Arlt son en gran parte autobiográficos. Raúl Larra, defendiendo al autor contra el cargo de exotismo y excesiva influencia dostoyevskiana, tiene ocasión de observar (*Roberto Arlt, el torturado*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1950, p. 52) que «en esta novela (*Los siete locos*) el tono de la angustia alcanza la gradación más intensa y trasciende tal autenticidad que otorga a sus páginas una categoría perdurable»; y más adelante (p. 54), que «los protagonistas de *Los siete locos* y *Los lanzallamas* están determinados por ese crisol fantástico que es Buenos Aires, pero a su vez aportan las peculiaridades propias del grupo social

nera que a través de sus escritos se deja percibir con toda claridad el estado espiritual de Arlt, con toda su torturante angustia. La relativa falta de sofisticación estética e ideológica de este «autodidacto infatigable», como lo ha llamado Juan Carlos Ghiano (12), confirma que sus planteos metafísicos son más bien auténticos que adquiridos. El carácter autobiográfico de su obra revela, además, que el novelista tenía plena conciencia de su desasosiego interior y que de no haberse dado circunstancias favorables a lo que Federico Peltzer llama su «angustia existencial» (13), él mismo las hubiese buscado. Hay un excelente testimonio del grado de autocomprensión que lo caracterizó; se trata de una carta a su madre en que afirma, a propósito de *Los siete locos*: «Lo grande de este libro es el dolor que hay en Erdosain. Piense usted que ese gran dolor no se inventa, ni tampoco es literatura. Piense que yo mismo puedo ser Erdosain» (14).

ENFOQUE DE LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

La producción novelística de Arlt acusa un constante enfrentamiento con interrogantes universales. Por ejemplo, son insistentes las referencias a Dios en sus obras y su actitud al respecto es ambigua. Por un lado lo niega rotundamente en forma explícita, si bien existe un reflejo de inseguridad implícito en el sabor a odio que se advierte en esta negación. Esta actitud predomina en las piezas satíricas de *Aguasfuertes porteñas*, y también en *El fabricante de fantasmas*, donde aparece un personaje que «duda de todo lo divino y humano» (15). En el cuarto capítulo de *El juguete rabioso* le confiere a Dios muchas de las limitaciones humanas. En las últimas páginas de *Los siete locos* leemos:

de que proceden y del momento económico que viven. Todos ellos devienen de la pequeña-burguesía, son hombres sacudidos por la confusión de la posguerra, y viven los prolegómenos de la crisis mundial del año 1929». Por su parte, Nira Etchenique, al examinar los personajes de *Los siete locos* (Roberto Arlt, Editorial La Mandrágora, Buenos Aires, 1962, p. 51), llega a la conclusión de que tras una rápida y eficaz definición de su identidad física y social aparente, el novelista, al enfrentarse con sus almas, se encuentra con que «se le escapan de las manos y aparece la distorsión. Entonces es cuando los deja caer por la pendiente del horror, cuando los ejemplariza con ferocidad hasta convertirlos en una galería patológica. Por eso no es verdad que esté relatando una realidad conocida».

(12) «Mito y realidad de Roberto Arlt», *Ficción*, núm. 17, Buenos Aires, enero-febrero de 1959, p. 8.

(13) «Dios en la literatura argentina», *Señales*, núm. 126, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1960, p. 34.

(14) La carta que aquí se transcribe en parte puede leerse en RAÚL LARRA: *Roberto Arlt, el torturado*, p. 41.

(15) ROBERTO ARLT: *El fabricante de fantasmas*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1950, p. 14.